

Manuel Alvarez de Vallejo es célebre por haber representado en 1631 la desconocida comedia de Quevedo y de Mendoza, *Quién más miente medra más*, en union de su hermosísima mujer la gran actriz Maria de Riquelme.

Cristóbal de Avendaño, el mozo, supo dar como nadie vida á los ditirambos de Benavente. Bajo sus banderas militarón el barba y arpista Jusepe Borja con su mujer Luisa (dama de muchas vueltas, segun Quiñones de Benavente, porque no se hallaba fuera de Madrid sino el tiempo que por fuerza obligaban las ordenanzas del Consejo de Castilla); Josefa, la esposa de Avendaño; Isabel, Beatricica, Antonia y María Candedo; Bernardo, el galan; y Montemayor, Ueeta, Márcos y Juan Matias.

Finalmente, *Juan Gerónimo Valenciano*;

Lorenzo Hurtado de la Cámara, tan interesado en la buena ejecucion de las obras, que, aun siendo capitán de compañía, nunca reparó en tomar los segundos papeles juntamente con su mujer doña Francisca; y

Felipe Sanchez de Echeverría animaron asimismo los teatros de la corte y de las principales ciudades de España en el último bienio que las musas castellanas inspiraron á D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA. (482)

CAPITULO IV.

Venida inesperada y novelesca del Príncipe de Gales.—Regocijos y fiestas.—La del 21 de Agosto de 1623.—El Duque de Cea compite con Felipe IV en el juego de cañas.—Apuro de Alarcon.—El gongorismo y su tiranía.—La academia de D. Francisco de Mendoza.—Dedica D. Juan al Duque una culta "Relacion" poética de los festejos.

1623

Un acontecimiento inesperado, novelesco y muy notable en la historia del siglo XVII, vino á sacar á plaza en este año de 1623 el nombre de RUIZ DE ALARCON, aumentando la saña de sus émulos.

El príncipe Carlos Estuardo salió secretamente de Inglaterra el dia 2 de Marzo, con su valido Buckingham y otros dos personajes, llegando á Calais en una noche, y luego á Paris, donde solo se detuvo para concurrir á un sarao y ver danzar á los reyes de Francia. De improviso apareció en Madrid á 16 del propio mes, y fué

á parar en la casa de su embajador, el Conde de Bristol. Súpose la llegada, y que venia á tratar de casamiento con la infanta D.^a María, hermana de Felipe IV; y acordándose su entrada oficial en la corte, que efectuó en seguida con grande aplauso y ceremonia, suspendióse la accion de las pragmáticas que moderaban el lujo, y se puso en libertad algunos presos por deudas y delitos de poca importancia. Le hospedaron suntuosamente en el convento de San Gerónimo del Paso. (483)

A mayores demostraciones de júbilo oponíase la austeridad de la cuaresma. Se despachó un delegado para Roma, que logró, por último, obtener (aunque condicionalmente) la dispensacion del Pontífice; y otro para Inglaterra, á fin de que se concertasen con el Rey Jacobo los términos de las capitulaciones. Pero grandes dificultades debia ofrecer el asunto, tratándose de una alianza poderosa y temible, de intereses encontrados y de personas que no profesaban la misma religion. Asi, pues, medió tiempo de sobra para entusiasmarse y hasta para llegar al desengaño. (484)

Vino la Pascua; y hubo comedias, sortijas, máscaras y toros en Madrid, en Aranjuez, el Pardo y Acequia, solemnizándose despues la festividad de Santiago el Verde en el soto del Man-

zanares, con mayor regocijo que el acostumbrado por la villa: todo para obsequiar al Príncipe, que concurrió tambien á ver la admirable procesion del Corpus, presenciando la representacion de los autos sacramentales.

Nuevas fiestas, y no ménos alegres, solazaron la corte durante los dias 1.^o y 26 de Junio y 6 Julio, éstas últimas en el Parque de Madrid, corriendo cañas el Monarca y su hermano; pero las más ostentosas y magníficas tuvieron lugar el 21 de Agosto, con motivo de celebrarse por entónces entre el Príncipe de Gales y la Infanta aquellos muy deseados conciertos que no habian de llegar nunca al dulce término de las bodas. (485)

Verificáronse tan memorables festejos en la Plaza Mayor, adornada con preciosas telas, y dispuesta de tal modo al objeto, que no bastando para el concurso la infinidad de ventanas y balcones, ni los terrados, ni las claraboyas y lumbreras de las guardillas y chapiteles, se construyeron fortísimos tablados para aumentar las localidades. Junto al balcon real de las salas de la Panadería, prevenido con su dosel de brocado, ricos sitaliales y cojines, se aderezó otro para el Príncipe en la propia forma, arrancándose el biombo ó cancel que los dividia é interceptaba la vista, á fin de que los novios presenciaran el

espectáculo sin otra separacion que la verja de hierro.

La Infanta entró por la plaza en su carroza, acompañada del Infante Cardenal y vestida de blanco, que eran los colores del Príncipe, dispensándose todos estos favores por hallarse tan adelantado el casamiento; pero la Reina tuvo que venir en silla, á causa de su preñez, y comió en público aquel día con los novios y el Cardenal en las salas referidas.

A las dos de la tarde, llena la plaza de bote en bote, los tribunales acomodados, y cuando ya era necesario el respeto para sosegar la impaciencia de los que se achicharraban al sol, llegó el Rey con el traje habitual de corte, en que nos le pinta Velázquez, acompañándole el infante Carlos y el Príncipe, que tambien vestia de negro, pero con oro; é inmediatamente comenzaron á regar el circo veinticuatro carros, y las guardas á despejarle. Entraron luego por su órden el trompeta mayor, los atabales, sesenta trompetas y clarines, veinte y cuatro chirimías, todos de S. M. y con su librea, que fué en aquella ocasion de raso nacarado, hermosamente largueada de plata y de pestañas negras, con los envases de velillo, plumas rojas y negras, y cabos plateados; luciendo, así los caballos como los instrumentos y pendientes, sus jireles de lo

mismo. Siguiéronse los corceles con los caballeros reales, el caballo que debia montar el Monarca, sus pajes (descubiertas las cabezas), cuatro palafreneros con bolsas de terciopelo carmesí, cuatro herradores, diez trotones con aderezos preciosísimos, doscientos lacayos (los ciento veinte con la referida librea, y los ochenta á la morisca), otros doce caballos más, de respeto, con tellices de terciopelo azul, donde se ostentaba bordado el nombre de S. M.; y por último, los correspondientes mozos de librea conduciendo un cabalgador ó montador de caoba, ébano y marfil, el banco de plata para herrar, y las cañas en doce acémilas con reposteros carmesíes, cordones de seda, bridas, garrotes y pretales de finísima plata, y las testeras y sillones con penachos de plumas negras y encarnadas, llenas de vária argentería.

Tan lucida tropa era una de las diez cuadrillas que debian correr cañas despues de los toros, y la principal, como del rey D. Felipe IV, el más galan, culto y esmerado para su persona que registra la casa de Austria. Salieron á continuacion las nueve cuadrillas restantes, guiada cada cual por cuatro trompetas de á caballo, y todas con ricas y variadas libreas, empresas ingeniosísimas, y compitiendo en letras, matices y colores. La de la villa de Madrid, vistiendo de

nacarado y plata, se componia de veinticuatro ginetes; Don Duarte de Berganza capitaneaba veintiseis, todos de leonado y plata; Don Pedro de Toledo, treinta, luciendo el raso dorado y el oro fino; de negro y oro se presentaron los treinta y dos que conducia el Almirante; de blanco y oro los cincuenta del Conde de Monterey; de verde y plata los cuarenta y dos que seguian al Marqués de Castel Rodrigo; y los Duques de Cea y Sessa marchaban al frente de sesenta caballeros lujosamente adornados con trajes de verde, plata, oro y azul.

Acabado el paseo, principiaron los toros; y despues de ver correr algunos, el Rey y el Infante se salieron en coche por la puerta que corresponde á Santa Cruz, trasladándose á la posada de la Condesa de Miranda, donde debian vestirse. La Condesa, para corresponder á favor tan singular, habia blanqueado la casa, defendiéndola del calor con toldos nuevos y bien humedecidos; colocó en las puertas de las cuadras cortinas blancas de damasco, preparó lindas camas y ricos escritorios, lavando y barnizando los pisos con polvos de búcaro, amasados en agua de ámbar; y dispuso, ademas del cuarto de S. M., otro para su gran doméstico el Conde-Duque de Olivares, y dos con destino á los señores que habian de vestir á las reales personas, pre-

viniendo tambien curiosos relicarios, camisas, pañuelos, guantes, pastillas en cajas y salvas de cristal, pomos de aguas odorificas, y abundancia de refrescos y colaciones.

Salieron á recibir á Felipe IV las condesas de Monterey, Nieva y Villalonso, y las marquesas de Alcañices y de Flores de Avila, con otras señoras en sangre Zúñiga y Guzman; y S. M., parando un poco, pasó á ver á la anciana señora de la casa, á quien no conocia y estaba impedida, y con sus brazos la acarició, manifestándole ella con breves razones deseo de besarle la mano. No duró mucho espacio la entrevista, pero sí lo suficiente para que el Rey, en pago del hospedaje, y á pesar de la urgencia del tiempo, concertase las bodas del Duque de Escalona, que le acompañaba, con la nieta de la Condesa. Vistiéronse el Monarca y el Infante una librea de raso nacarado, bordada de oro y seda negra; y despues de adorar al Santísimo desde la tribuna que ponía en comunicacion aquel edificio con el convento de la Trinidad, regresaron á la plaza para el juego de cañas. (486)

Ofrecida ó dedicada la fiesta á la Reina por medio de D. Agustín Mejía y D. Fernando Giron, que eran los padrinos de Felipe IV, se anunció que iba á principiar, con salir los clari-

nes, trompetas y atabales, seguidos de la música de ministriles.

Apareció en el estadio S. M., y detras el Conde-Duque de Olivares, levantándose la Reina y todos los espectadores; los cuales permanecieron de pié y destocados hasta que, habiendo terminado su carrera el Monarca, le hicieron reverencia y tomaron asiento. A continuacion presentáronse nuevamente las cuadrillas; y en acabando sus entradas y carreras, se retiraron y dividieron en dos escuadras, volviendo á salir por las puertas de Santa Cruz y de la calle Nueva, para emprender la escaramuza. Regia una parte Felipe IV, que á la sazón contaba diez y ocho años de edad, y la otra el Duque de Cea; y reducidos á sus puestos, jugaron las cañas con excelente orden, gala y destreza, sin que tuviese que lamentarse ningun contratiempo.

Púsose al fin el sol, y en sombras frias
Término fué una noche á muchos días. (487)

Una de las personas más honradas con motivo de tales festejos, sin duda fué D. Francisco Gomez de Sandoval y Padilla, conde de Ampudia y duque de Cea, hijo del Duque de Uceda y nieto del de Lerma, pues le cupo la suerte de competir con el Monarca en la direccion y

gobierno de las escuadras que hicieron la escaramuza. Era este ejercicio un simulacro de pelea, donde, colocadas las fuerzas frente á frente, y saliendo los ginetes uno á uno por opuestos lados, corrian á encontrarse de rodeo, arrojándose cañas en vez de lanzas, y retirándose con gran ligereza. Teníase por más diestro adalid el que conseguia parar los golpes con la adarga, ó los burlaba hurtando el cuerpo, y el que señalaba la herida á su contrario en mejor parte, con más seguridad y mayor violencia. Muchas veces solian embestirse dos á dos, y hasta por cuadrillas y concluir tambien como en la folla, peleando todos juntos sin orden ni concierto.

Bien merecia el Duque tamaña distincion, siendo un esforzado caballero, diestro en el manejo de las armas, gran ginete, y de tan excelentes prendas morales, que perdonó á los enemigos de su casa; y que, despues de heredar en 1624 y 1625 todos los mayorazgos y estados de su padre y de su abuelo, figurando ademas como Adelantado mayor de Castilla y Clavero de la orden de Calatrava, léjos de conspirar para conseguir la privanza (que estuvo como vinculada en su familia durante el reinado de Felipe III), trocando el regalo y descanso de la corte por la inquietud, molestias, privaciones y peligros de los

campos de batalla, pasó en 1629 á Lombardía, y á Flándes en 1631, donde de maestre de campo obtuvo insignes victorias y llevó á cabo inolvidables empresas. (488)

A pesar de su modestísimo carácter, debió halagarle por extremo el papel de mantenedor. Así que, deseando perpetuar la memoria del suceso, y cumplir las obligaciones de su gratitud, dispuso que se escribiese y publicase un *Elogio descriptivo* de las fiestas, y encomendó la diligencia al licenciado D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Apremiaba el tiempo, que nada hay tan impertinente y ocioso como esta clase de relaciones panegíricas cuando ha pasado el interes de la oportunidad. No era ALARCON de los poetas que escriben largo, de todo y á cualquier hora, dando suelta al torrente de su fecundo ingenio como quien destapa la salida de inagotable manantial. Encontrábase perplejo, pues, y casi arrepentido de haber tomado sobre sí un trabajo superior á sus fuerzas y ajeno á la índole de su poético númen, creciendo la dificultad por la condicion indispensable de que la relacion de las fiestas, para que gustase, habia de ir en estilo culto.

Era forzoso á todo trance rivalizar con el gongórico y á la sazón ponderadísimo poemita, en

veinte octavas, de la tierna musa de D. Antonio de Solís (después galano historiador de la conquista de México), hechas á la entrada en Madrid del Príncipe de Gáles, que así comienza:

Priamo jóven de la Gran Bretaña,
La que segunda Troya fué primero,
La que Neptuno sin sosiego baña,
La que tiene el Arturo por lucero.

Desde que á los veintisiete años de edad, en el de 1610, murió D. Luis Carrillo Sotomayor, del hábito de Santiago y de la más atildada nobleza de Córdoba, cuatralbo de las galeras de España é hijo del Presidente del Consejo de Hacienda, legando en sus versos póstumos el culteranismo á los poetas y á la corte, hallaron los señores en aquella nueva é intrincada manera de hablar, un gran medio para diferenciarse del comun de las gentes. Haciales falta una lengua diversa del vulgo, puesto que aborrecian y apartaban de sí cuanto les pudiera confundir con la plebe:

Odi profanum vulgus, et arceo. (489)

Ya eran pasados los tiempos en que la corte hablaba mal latin, y el pueblo no mejor lengua franca; los áulicos, ya italiano, ya aleman, ya francés; y la plebe, roman paladino. Medio si-